

Fragmentos de una escucha amorosa

Pensar la radio desde casa, a un siglo de su primera emisión en el país



*Gabriel D. Lerman y Victoria Pirrotta**

Palabras clave: radio - familia - campo - compañía - música

El 27 de agosto de 2020 se cumplirá un siglo de la primera transmisión de radio en Argentina. Pionera, integral y completa, fue legendaria la puesta al aire de la ópera Parsifal desde el Teatro Coliseo. Realizada por los “locos de la azotea”, los jóvenes entusiastas Enrique Susini, César Guerrico, Luis Romero Carranza y Miguel Mujica, la transmisión inició la construcción del lenguaje radiofónico argentino, su inserción social, su entronización en la venta de publicidad, en el lazo social, en la política, el deporte, la música, el teatro. En este dossier presentamos algunos fragmentos de los más de cincuenta trabajos de alumns de las tecnicaturas en Industrias Culturales realizados entre los meses de mayo y junio, en el contexto de pandemia y aislamiento social, con testimonios de familiares directos (padres, madres, abuelos) sobre la experiencia de escuchar y participar de la radio en el noroeste del Gran Buenos Aires.

Como antecedente, y en el marco de la materia Industrias Culturales, revisamos conceptos teóricos, anclajes históricos y conceptuales en torno de las maneras de producir y leer cultura, y realizamos un trabajo práctico de entrevistas a familiares o personas cercanas en el que rescaten su relación con los medios y la industria cultural. Durante la cursada presencial, acompañamos el proceso de elaboración

* Docentes de la materia Las Industrias Culturales, de las tecnicaturas universitarias en Producción de Medios Audiovisuales y en Producción y Diseño de Videojuegos de la UNPAZ.



de las preguntas, establecemos técnicas para dialogar sobre estos temas sin generar distancias, pero tratando de romper con la naturalización y el estereotipo.

Las técnicas de reproducción de la cultura son un conjunto de actividades productoras y distribuidoras de contenidos simbólicos. La aceleración de los procesos de obsolescencia y sustitución de dispositivos hace necesaria una reflexión sobre los usos sociales de la radio, el cine, el diario, la TV, los conciertos. Allí aparecen lo familiar, las migraciones del interior a Buenos Aires, el baile, la música, las figuras de un registro de lo popular. También la soledad, la nostalgia y el testimonio de lo perdido. La idea de este año era tomar el centenario de la radio en Argentina como excusa para poner el foco. Como otras veces, pensábamos hacer una visita a la planta transmisora de LRA Radio Nacional en General Pacheco, ubicada en 197 y Camino Bancalari. Pero la pandemia nos obligó a reformular el primer cuatrimestre de 2020. Además de repensar las estrategias didácticas generales de la materia, incorporamos nuevos recursos y debimos preguntarnos cómo lograr, a distancia, la aventura y el desafío que significa entrevistar. Además, enseñamos a distancia cómo preguntar, entrevistar y dialogar con alguien de manera cómplice, y cómo aplicar técnicas propias de la investigación cualitativa en un contexto adverso.

La radio se volvió entonces un eje de mayor intensidad, ya que no solo cumplía un siglo, sino que se reveló la técnica, el recurso y el ámbito más cálido y entrañable para transitar este tiempo. Si bien las nuevas generaciones reniegan de “escuchar la radio” y una abrumadora mayoría dijo que no lo hacía, a la hora de contar y explicar qué cosas sí hacen, aparecieron elementos característicos del lenguaje y

la práctica radiofónica: escuchar música, hablar, mandar mensajes, informarse, entretenerse. Por eso, propusimos la idea de que eso podía compararse con aquellas prácticas realizadas por padres y abuelos.

El camino que recorren durante la cursada de la materia Las Industrias Culturales pasa por un marco teórico conceptual, por un recorrido histórico y crítico, y finaliza con el trabajo de entrevista que implica acercarnos a las personas, para armar una microhistoria social del conurbano y su relación con los objetos y consumos culturales.

Es impresionante el cambio que se opera en ellxs desde que comienzan a leer a los primeros teóricos, como Theodor Adorno y Max Horkheimer, pasando por otros más actuales como Ramón Zallo, al momento en que pasan a ser entrevistadorxs, observadorxs activxs, cuando descubren que están rodeadxs de industrias culturales desde que despiertan hasta el final del día. Se convierten en seres críticos de su entorno, de sus consumos. Esto no es menor, ya que la mayoría de nuestrxs estudiantes son del conurbano y no es ninguna sorpresa afirmar que el acceso a determinados bienes, espectáculos, museos, en esta zona es escaso. Estxs futurxs profesionales críticos, pensantes, son quienes van a sembrar el verdadero cambio cultural en su entorno cercano, con la escucha atenta a las necesidades del territorio y a su historia local.

En relación con lo expuesto anteriormente, desde 2018 se viene gestando un proyecto interesante para tender un lazo solidario y respetuoso con un espacio histórico de la comunidad de José C. Paz, el Museo José Altube. Este banco de tesoros patrimoniales de lxs vecinxs y familias fundadoras de la localidad abrió las puertas a la UNPAZ para desarrollar un proyecto de Museo Universitario Popular y Experimental (MUPE). Con trabajos de investigación de historias de vida, máquinas y artefactos, nuestra materia ha participado activamente del proyecto institucional del MUPE: la serie *Polifonías*, iniciada en 2019, constituye una expresión de esa voluntad de investigación, memoria y reflexión.

Este trabajo da cuenta del espíritu de formación que humildemente pretendemos brindar a nuestrxs estudiantes, de ser nexos dialogantes con los espacios de su comunidad, de ayudarles a accesibilizar contenidos sin renunciar a la apuesta original, pero incorporando estéticas vanguardistas y atractivas para las nuevas generaciones. Escuchar, intercambiar conocimientos académicos con saberes prácticos y experiencias, académicxs y profesionales en diálogo con el territorio, en actitud de escucha, no de conquista.

Este año, el contexto de aislamiento y virtualización de las clases fue un desafío para todxs. Atravesamos varios problemas, pero lxs estudiantes que finalizaron el cuatrimestre nos sorprendieron gratamente con trabajos impresionantes; realizaron muchos esfuerzos a nivel laboral y familiar, y nunca dejaron de ponerle muy buena energía a las videoclases y de agradecer cada corrección, cada recurso, cada gesto de lxs docentes. Es por eso que, casi a modo de homenaje, decidimos publicar algunas de las entrevistas pasadas a primera persona (trabajo que implicó el desarrollo de habilidades de escritura creativa, que lxs estudiantes resolvieron más que satisfactoriamente).

A continuación, presentamos algunos momentos de esa escucha amorosa, destacando el trabajo de todxs lxs que pusieron el cuerpo y la voz para recordar.



Sentados alrededor de la radio

*Darío Triscali**

Juan Lado, 62 años

Allá por febrero del 56 en una humilde casa de San Miguel, a pocas cuadras de la estación del tren San Martín, en la calle España, entre Farías y Fraga, yo llegaba a este mundo. Era el primero de tres hermanos, me llamaron Juan José, en honor a mi abuelo, oriundo de un pueblito del sur de España llamado Almería, a orillas del mar, a pocos kilómetros del Peñón de Gibraltar. Mi padre era marinero, de origen español. Mi madre era ama de casa de origen brasilera. Se conocieron en Brasil un día de verano del 50 en uno de los viajes de mi padre. En Río de Janeiro se enamoraron y al poco tiempo se vinieron a vivir a la Argentina. Mi infancia fue feliz o eso creo, yo era terrible y mi madre renegaba mucho conmigo; en esos tiempos la psicología no existía, era el palo de escoba y la chancleta. Entendía o entendía, no había matices.

Ya desde chico me gustaba hablar, era el charlatán del barrio y de la escuela. Creo que demasiado, ya molestaba, me tenían que callar. También me gustaba el fútbol, era fanático de Independiente. En la canchita de la esquina, desde donde saltábamos el alambrado para entrar a lo de doña Juana a

* Estudiante de la Tecnicatura Universitaria en Producción de Medios Audiovisuales, UNPAZ.

jugar, armábamos unos trapos para hacer de arco, una pelota de plástico y nos divertíamos hasta que se pusiera el sol. Sabía que cuando escuchaba el chiflido, era mi viejo. Tenía que ir sí o sí. Recuerdo que la radio, desde chico, formó parte de mi vida. Mi viejo, como dije antes, era marinero y cuando estaba en tierra, después de haber estado muchos meses en alta mar, escuchaba mucho la radio, era su pasatiempo, su manera de divertirse y distraerse, en especial los deportes. Recuerdo que llegaba a la tarde de trabajar, se sentaba en un banquito de madera de roble que él mismo había tallado años atrás, en el centro del patio bajo la parra, junto a una mesa de hierro redonda con muchos ornamentos y detalles, muy vieja y oxidada que ya estaba cuando ellos llegaron a esa casa. Mi vieja le llevaba la pava y el mate, amargo le gustaba, prendía la radio y se compenetraba en eso. Eran horas hasta que estaba la cena. No lo olvido jamás, yo era chico, lo veía desde la ventana de mi pieza, escuchaba la *Oral Deportiva* a las siete de la tarde, por Radio Rivadavia con José María Muñoz.

Le encantaba escuchar todo lo que fuese fútbol, no solo sobre independiente, su cuadro favorito. Mi vieja, durante el día (mientras hacía las cosas de la casa, limpiaba, hacía las compras, cocinaba y renegaba con nosotros) escuchaba música, música brasilera en especial, que le hacía recordar su niñez, también a Hugo Guerrero Marthineitz por Radio Belgrano. Eso era lo que te permitía la radio: mientras vos hacías algo, la ibas escuchando, no necesitás sentarte en frente, como con el televisor.

En esos tiempos también era infaltable el radioteatro. Toda la familia se juntaba alrededor de la radio prestando atención: solo había silencio. Si hacía frío, con el calentador al lado, en el comedor de la casa y si hacía calor, afuera debajo de la parra. Recuerdo que pasaban *Nazareno Cruz y el lobo*, *El Negro Faustino*... Eran los éxitos de ese momento, como si fuesen las novelas de ahora, en el *prime time*. Era algo maravilloso que no me voy a olvidar jamás.

Nunca me hubiese imaginado que sería la novia de un locutor y después, mujer de otro

Karen Britez*

Carmen, 40 años

Mi nombre es Carmen, actualmente tengo 40 años. Cuando era mucho más chica, a los doce, me encantaba ver a mi papá arreglar radios y sentarnos con la familia entera alrededor de esa maquinita todos los días a las dos de la tarde, puntual. El lío que armábamos para escuchar esa novela era un caos, sillas por aquí, sillas por allá o almohadón y al piso. Pero ¡qué lindo era imaginarse cada escena, cada secuencia y a los actores! Me conocía todos los personajes, hasta reconocía los suspiros de cada uno. Y qué horror era tener que ser prácticamente una planta, porque si hacíamos algún ruido, hasta el día de

* Estudiante de la Tecnicatura Universitaria en Producción de Medios Audiovisuales, UNPAZ.



hoy puedo ver la cara de mi papá enojado y amenazante. Por suerte siempre había más de una radio en la casa, pero la pelea que se armaba por usarlas, al final ni valía la pena por el tiempo que nos quedaba. Haber compartido eso con mi familia y la radio es inolvidable.

En mi casa siempre fuimos grandes oyentes, pero nunca me hubiese imaginado que después, en la adolescencia, sería novia de un locutor y, después, mujer de otro. Al primero lo conocí de casualidad en una juntada con amigos, era una noche tranquila y cálida en San Juan Bautista, Misiones, Paraguay en el año 1998. En ese mismo momento me enteré de su profesión. Todos me decían que preguntaba y estaba interesado en mí. La verdad es que lo único que hice fue saludarlo cuando nos presentaron, pero después lo ignoré por completo. Mientras más presión me ponían todos, yo peor estaba. Además, me preguntaban cosas, como: “¿Cómo no te va a gustar? ¿Sabías que es locutor? ¿Viste en qué radio trabaja?”. Esa noche me pusieron nerviosa y no pasó nada.

Finalmente, después de unas semanas nos volvimos a cruzar en otra fiesta, me recordó y se acercó a hablarme. Ahí empezó todo, terminó siendo una persona muy dulce, su nombre era Robert. Pasaron meses, nos conocimos, fuimos novios, nos casamos y tuvimos una hija, hasta que poco antes del nacimiento, decidimos separarnos. Hasta donde sé, él sigue dedicándose a la locución.

Mi vida se dio vuelta por completo, apenas tenía 18 años y no sabía qué hacer. Tenía una hermana en Argentina y me dijo que fuera con ella, que ahí me iba a ayudar e íbamos a poder salir adelante con la futura bebé. Me costó decidir, tenía todo en mi país, pero a la vez no, así que me fui. Tuve a mi hija en Argentina y es la mejor decisión que pude haber tomado.

Después, en el 2001 conocí a David. Apareció de la nada y me sacó a bailar este hombre que me resultó muy gracioso, un tanto galán y atento. Fue en un boliche de José C. Paz, que se llamaba Cachaquisimo. Él era el DJ y animador del lugar, no lo podía creer. Intercambiamos números y al poco tiempo comenzamos a salir. ¡Resultó ser locutor! Me quedé atónita. Tenía su propio programa en una radio local, que él mismo armaba. Pero bueno, ¿qué más podría pasar con otro locutor en mi vida? La gente que me rodeaba, en especial mis familiares, me decían que “los locutores son todos gatos”. No se oponían, pero daban a conocer su descontento con mi decisión de pareja. Estas opiniones se basaban también en Robert, quien se ajustaba bastante al estereotipo que ellos tenían de los locutores. Igualmente, con David fuimos novios, no nos casamos, pero estuvimos dieciséis años juntos. Formamos una familia con tres hijos más y un perro. Luego de un tiempo, dejó la locución para dedicarse a nosotros y a un trabajo mejor. Igual, nunca dejó de lado ese personaje espontáneo, gracioso y cautivador, típico de los charlatanes de la radio. Siempre que hubiera un cumpleaños o alguna reunión por el estilo, el micrófono nunca salía de su mano. Contar chistes, exagerar historias, acotar en los momentos correctos siempre se le dio de manera muy natural. Literalmente, llevaba un micrófono y un parlante a estos eventos para entretener. Nos hacía estallar en carcajadas, y cuando los niños se aburrían de tanto palabrerío, se los prestaba para que ellos se luzcan con algún show o karaoke. Nunca faltaba ese innecesario micrófono.

Cuando salió el rock de Elvis Presley

*Lautaro Nehuen Alfaro**

María Ramona Lezcano, 85 años

Mi nombre es María Ramona Lezcano, soy ama de casa jubilada. Nací en la provincia de Mendoza y me crié en el departamento de Godoy Cruz hasta que me casé con mi esposo Antonio, ya difunto.

Tengo muchos recuerdos divertidos que pasaron por mi obsesión con la música y la radio. Uno de ellos, y el que más añoro en la actualidad, es de cuando era adolescente y había salido el rock de Elvis Presley. Me acuerdo de que en esa época yo bailaba en todos lados, no me importaba quién me mirara. La realidad es que a veces me olvidaba dónde estaba parada. Pero eso fue hasta que con una amiga llamamos demasiado la atención de todos alrededor. Ese día habíamos ido al cine a escondidas. Digamos que eran otros tiempos. Me acuerdo de que en ese entonces, antes de entrar al cine, solían poner la radio. A nosotras nos divertía llamar la atención y fue cuando estábamos en la fila que sonó un tema que nos gustaba mucho: no nos pudimos aguantar las ganas y nos pusimos a bailar en la vereda a tan solo un par de metros de la puerta del cine. Me acuerdo de que en esta época yo ya estaba de novia con mi querido Antonio. En mi defensa, diré que apenas estábamos empezando a salir y no creí necesario

* Estudiante de la Tecnicatura Universitaria en Producción y Diseño de Videojuegos, UNPAZ.

contarle que iba al cine. Quizás si se lo hubiera contado, me habría ahorrado mucha vergüenza más adelante. De todas maneras, una parte de mí tenía miedo de que se enojara.

El asunto fue que estábamos muy concentradas con mi amiga bailando y se nos acercaron varias personas a sacarnos fotos. No sé por qué, pero en ese momento no le dimos mucha importancia. Para nuestra sorpresa, y para la de nuestras familias, las fotos salieron en el diario. Imaginen mi vergüenza, yo me quería morir. Lo peor fue cómo me enteré, ya que me encontraba en casa de mi suegra. Recuerdo que estaba con mi Antonio en el comedor y apareció mi suegra con una sonrisa maliciosa de oreja a oreja. Llevaba el diario escondido en la espalda, como quien esconde un ancho de espada. Recuerdo que al principio se acercó haciéndose la misteriosa. Quería sacarme información y yo no entendía nada. No fue hasta que mostró el diario que sentí escalofríos por todo el cuerpo. Mirando directamente a su hijo, le dijo: “Antoñito, mirá: ¿esta no es María?”. Yo estaba que temblaba. No sabía cómo podía reaccionar. Recuerdo que hasta pensé en salir corriendo. Él me miró con una sonrisa divertida y se empezó a reír. Juro que pensé que se iba a enojar. Me alteré muchísimo. Él solo me miraba y se reía. Me puse muy nerviosa con esa situación, pero al mismo tiempo me sentí feliz de que no se enojara.

Me tenían que dar escobazos en el techo

*Agustín Escobar**

Viviana Badariotto, 53 años

Mi nombre es Viviana Badariotto, nací en Pilar. Mi primer contacto con la radio fue cuando la escuchábamos con toda mi familia; mi padre, mi madre y yo. Generalmente, al no poder elegir la música y los programas que quería escuchar (ya que había una sola radio por las condiciones sociales de mi familia y también debido a que era pequeña aún y no tenía autoridad suficiente), terminaba oyendo lo que mi padre elegía. Que regularmente era música de campo, como chamamé, folklore y ese tipo de música, que me aburría por sobremanera, al extremo de que a veces me levantaba de la mesa e iba a mi cuarto para leer o hacer otro tipo de cosas, alejada de la rutina familiar.

Luego de que se estabilizara un poco la economía en mi casa y en el negocio, me pudieron comprar una radio para mí sola. Desde ese momento, lo único que hacía antes y después de trabajar en el kiosco era escuchar radio y música, no me despegaba ni un segundo. Mayormente, lo que escuchaba era música internacional: George Michael, The Pet Shop Boys, Rod Stewart, Phil Collins, Rick Astley y otras bandas más que no recuerdo, pero que cantaban en inglés, ya que la música en español de aquella época, si bien me gustaba, no era mi predilecta.

* Estudiante de la Tecnicatura Universitaria en Producción de Medios Audiovisuales, UNPAZ.



A veces estaba hasta altas horas de la madrugada escuchando radio y música, y frecuentemente me desvelaba. Como tenía que atender el negocio con mis padres desde las nueve de la mañana, muchas veces me quedaba profundamente dormida y tenían que despertarme a escobazos en el techo (yo dormía en el cuarto de arriba del kiosco).

La radio me hacía una buena compañía, ya que mis hermanas se casaron y se fueron a vivir con sus maridos e hijos, y yo me quedé en esa pequeña y solitaria habitación hasta que me casé y tuve familia. Allí pasaba largas noches en vela y soledad, en silencio hasta que mis padres se dignaron comprarme la radio. Podría decirse que, desde aquel momento, no me sentía tan sola, debido a la compañía que me hacían los cantantes y locutores de turno.

Recuerdo también en mi juventud cuando conocí al que sería mi esposo y padre de mis hijos, allá por fines de los 80. Me la pasaba escuchando solamente música romántica de España y otros países de Latinoamérica. Y mucho más desde que mi esposo me regaló, en nuestro primer aniversario, un casete de Dyango (luego vinieron muchos casetes más). En fin... al estar tan enamorada y querer reproducir todo ese sentimiento, escuchaba a Julio Iglesias, Leo Dan, Leonardo Favio, Raphael y Luis Miguel, entre muchos otros. Si bien antes escuchaba canciones en inglés para entretenerme, luego, con el paso del tiempo y específicamente en esa época de enamoramiento, escuchaba más autores españoles e hispanos, porque ahí ya les prestaba más atención y me concentraba en el significado de las letras.

Sintonizando la vida

*Mariano Federico Gatica**

Isabel Rodríguez, 59 años

Nací en la provincia de Misiones, en un pueblo pequeño en el medio de la selva, Dos de mayo. En un principio, el aislamiento respecto del resto del país no se notaba, ni siquiera un poco. Entre aquella vegetación espesa y los cultivos no parecía que nada pudiese detener el avance de la naturaleza. Pero la vida nos da un baldazo de agua fría de vez en cuando: la culpable fue la radio, ese dispositivo electrónico en el que se deposita el esfuerzo de cientos de miles de aficionados con el (al momento de su invención) loco sueño de revolucionar la comunicación.

A las familias que habitaban el pueblo en aquel entonces, hoy no se las consideraría de grandes recursos. Pero para nosotros era distinto. Había un solo vecino que era el feliz poseedor de un vehículo con arranque a manivela. Mi familia se dedicó siempre al cultivo y a la cría de ganado menor. La radio fue, desde el principio, una compañía muy útil para estar al tanto de las noticias referidas a las fechas de pago y de recogida de los cultivos, por lo que su papel dentro de la empresa familiar era fundamental. Pero todo esto que nos ofrecía el maravilloso dispositivo no era gratuito, ya que era alimentada por unas grandes baterías cuyo costo era elevadísimo y, por tal motivo, mamá nos prohibía usar la radio en cualquier momento que no fuera realmente necesario.

Comencé a prestarle atención a esta caja que emitía sonido a la edad de seis años. Antes de eso no recuerdo haber escuchado ni siquiera su ruido. Al usarse comúnmente para fines informativos, lo primero que escuché fue un palabrerío apenas entendible. Para mí era algo nuevo, no entendería lo que escuchaba hasta aproximadamente la edad de ocho años, cuando el mundo se entusiasmó con una noticia que parecía realmente sorprendente: La llegada del hombre a la Luna. Yo era una niña pequeña, obviamente no tenía ningún conocimiento acerca de transbordadores espaciales o viajes al espacio, pero lo que sí sabía era que para que un vehículo llegara a un determinado lugar, necesitaba combustible. En este caso no se necesitaba poco, sino mucho, muchísimo combustible y luego de escuchar la noticia por radio y de haber visto en un diario una foto de lo que era un transbordador, de ninguna manera me pareció probable ni verosímil que una hazaña de tal magnitud se hubiera realizado. A pesar de ser muy pequeña, estaba plenamente segura de esto.

Los años fueron pasando, el pueblo seguía resistiéndose al paso del tiempo y los únicos cambios y noticias que nos señalaban que los tiempos ya no eran los de antes eran los que nos contaba la radio. Recuerdo que habiendo cumplido doce años, en algún momento se me ocurrió separar una libreta y una birome para anotar recetas. Ya estaba al tanto de que en un programa de LT4 Misiones se comentaban recetas para elaborar exquisitos platos. Cuando llegó el momento, las anoté en el cuaderno y las puse en práctica con buenos resultados. Creo que fue una de las primeras veces en que pensé que

* Estudiante de la Tecnicatura Universitaria en Producción de Medios Audiovisuales, UNPAZ.

debía dedicarle más tiempo a desarrollar la habilidad de cocinar (era muy buena en eso). Y la habilidad para la cocina es algo que conservo hasta hoy, con los cientos de pedidos de panificados que realizo.

Pero ahora estoy en Buenos Aires, es otra historia. Vivo lo que antaño se transmitía por radio, el único medio con el cual podíamos enterarnos de algo.

Mi cable a tierra

*Rocío Lazcano**

Adriana Lupo, 56 años, FM Riachuelo 100.9

Nací en Barracas, en el año 1964. Mi nombre es Adriana, pero me dicen Tana desde chiquita. Mi madre ya estaba muy grande y enferma. Poco antes de fallecer, me dijo que yo tenía que ser diferente y estudiar. Usar las capacidades que ella sabía que yo tenía para hacer algo que disfrutara, además de ser madre y abocarme a mis hijos y mi familia, como había hecho ella durante toda su vida. Al final de su camino, no quiso lo mismo para mí. No porque haya sentido que desperdició su vida, sino porque no se dedicó a ella lo suficiente y no podía soportar la idea de que yo hiciera lo mismo o que me sintiera culpable por faltar unas horas en mi casa, y porque mis hijos crecerían con esa idea de que una mujer siempre va a depender de ellos. Entonces le hice caso y me di cuenta de que nunca es tarde.

Averigüé dónde se dictaban cursos de informática y fui a parar a la producción. Ahí mismo me invitaron a formar parte de un programa del que sigo siendo parte. Mi familia opuso mucha resistencia. Mi marido y mi hijo menor me hacían sentir culpable por irme de casa y salir a hacer algo que me hacía bien: era una pérdida de tiempo mi curiosidad, mis ganas de hacer algo más que estar pendiente de ellos. Pensar en mí me hacía egoísta, mala madre, mala esposa. A esto nos enfrentamos todas desde pequeñas: ¿no hay nada más que nos defina que la procreación? Si esa es nuestra única función, ¿entonces somos desechables luego de la menopausia? (yo ya estaba cerca). Mi familia no podía ver que me ocupara de mí ¿y yo era la egoísta? Eso me preguntaba en ese momento.

Mi hijo mayor me animó y me dijo que él no permitiría que dejase de hacer lo que me hacía sentir bien. Que después de tanta entrega y sacrificio, me merecía ser y estar para mí, me merecía tener mi espacio, un lugar donde ser yo, además de la casa.

Amo muchísimo la radio por todo lo que me enseñó. Me cambió la mente y la vida. Es que lo bohemio siempre tiene un precio que pagar, por el prejuicio: un músico, un artista plástico, un actor, un productor, un escritor siempre son menospreciados. Y la radio no está exenta de esto. Las creaciones de la mente rara vez son recompensadas monetariamente ni reconocidas por nuestros pares. Se mantiene la idea de que es un *hobby* y que uno puede vivir de ellas. Por eso tanta resistencia al hecho de que hiciera radio. Si invertía mi tiempo en algo que no fuera ellos, tenía que ser algo que

* Estudiante de la Tecnicatura Universitaria en Producción y Diseño de Videojuegos, UNPAZ.

“valiera la pena”. Mi marido y mi hijo, con el tiempo, comenzaron a entenderlo. Pero fue un proceso durante el cual yo tuve que endurecerme y soportar hasta hacerlos entender. Hoy me apoyan y celebran mis logros, pero no fue fácil. Quisiera o no, me hacía mal no tener su aprobación, porque solo la de ellos me importaba. Por suerte, pudieron entender.

Entonces en 2012 empecé a trabajar en la radio. Al principio no me pagaban, lo hacía por puro gusto. Hasta que comencé a conducir el programa. Al principio era algo tímida, pero después fui soltándome. Hice un programa con dos mujeres maravillosas, Roxana y Leila. Con ellas aprendí mucho de lo que hoy sé y de lo que hablo y practico. Empecé siendo notera y luego me aboqué a la conducción. Hace poco tiempo, por decisión de la organización, estoy en la producción del programa. Cuando empecé era un magazín y aunque siguen conservando algo de ese formato, hoy es más bien un informativo, fue mutando a través del tiempo. Y lo que hacemos es cubrir marchas y luchas populares. Mostramos la realidad de los más damnificados.

Gracias a ver con mis propios ojos tan variadas realidades, sé juzgar a los grandes medios. Quién los controla, controla el mundo. La forma en la que a las personas les llega cada mensaje, cada información, depende de quién controla los medios. Lo que vean, escuchen y consideren cierto, va a definir su ideología y su identidad. Por eso predico a todo el que quiera, que vea y escuche por sí mismo, que no solo reciba información, sino que critique, que cuestione y ponga en tela de juicio a través de sus propios ojos. Porque yo también fui una de esas personas que deja que otros hablen por ellas.

En esta radio aprendí a apreciar la labor social y cultural que tienen estos espacios comunitarios cooperativos, a incluirme cuando hablo de los sectores sociales, a darles una voz a aquellos que los demás no escuchan ni ven. Aprendí a reconocer cómo mienten los grandes medios. Todos actuamos bajo nuestros ideales y es todo muy relativo. En los medios y la militancia uno también actúa de acuerdo con su ideología, con lo que cree que le beneficia a él desde su realidad. Acá, en la Radio Riachuelo, con estas personas, con mi profesor Kike y mis compañeras de conducción y los de producción, aprendí todo esto. Mi curiosidad me trajo donde estoy hoy, acá encontré lo mío, un lugar donde puedo ser, ayudar, ser más que una madre y esposa. Todas las personas que me crucé en este medio me enseñaron cosas que guardo, atesoro y predico.

La radio me dio libertad de expresión, libertad económica. Libertad de esas ataduras invisibles que hoy ya no me retienen. Gracias a la vida, gracias a mi madre, gracias a que me animé, hoy soy alguien deconstruida y aún en proceso de deconstrucción. Siempre hay más por aprender y es hermoso el camino que emprendí hace más de siete años en este medio comunitario.



La radio gira alrededor mío continuamente o yo giro alrededor de la radio

*Ángel Ezequiel López**

Cecilia Saldivia, Radio Chicharra FM 88.9

Nuestra radio nace al calor de la ley de medios audiovisuales. En ese tiempo éramos un centro cultural y yo todavía no era parte de la radio. Mis compañeros empezaron a hacer un programa todas las semanas en una radio del barrio que estaba bastante olvidada. Después de unos meses, el dueño de la radio les ofreció venderles los equipos y ellos los compraron, así que de repente y de un momento a otro, teníamos una radio, sin conocimientos técnicos ni de producción, pero con mucha necesidad de comunicar lo que nos pasaba en el barrio (que es lo que hago hoy todos los días en el programa cuando cuento el horario en que el basurero; o cuando hablo de los precios de verdura, porque el que me escucha va a la misma verdulería que yo, la de la ruta). Cuando yo me sumo, la radio estaba al fondo, en lo que era una piecita que cuando llovía se nos inundaba, y varias veces tuvimos que poner las computadoras arriba de la mesa. En verano hacía mucho calor, porque el techo era de chapa (hasta que una vecina nos regaló un aire acondicionado). Después estuvimos fuera del aire un tiempo porque se nos cayó el techo del centro cultural y la antena corría riesgo, tuvimos que bajarla. Cuando volvimos, ya teníamos equipos nuevos y llegábamos más lejos, se escuchaba mejor. Además, pudimos hacer una página web, generar contenidos y salir *online* para todo. Pienso en todo lo que estuvimos para lograr lo que tenemos y me emociono.

Yo creo que lo más difícil de comunicar son las desigualdades de la vida. Y hay que saber comunicarlas, sean cuales sean. En nuestra sociedad hay muchas diferencias sociales y de género, y hay que saber llevarlas adelante. Para no quedar victimizados ni ser pedantes, hay que saber llevar las noticias con altura y objetividad. Lo que más detesto es el mensaje de la mentira y el miedo que continuamente desde los grandes medios nos quieren imponer. Desde ahí pueden decir lo que quieren, desde el poder que el dinero les da, y tienen todo el andamiaje de su parte para fabricar el miedo y el odio, herramientas que saben usar muy bien. En un contexto adverso como el que vivimos hoy, yo transmito la misma alegría

* Estudiante de la Tecnicatura Universitaria en Producción de Medios Audiovisuales, UNPAZ.

de siempre, lo mismo de todos los días; si algún día me siento mal por algo personal, directamente no hago radio, porque yo tengo que ir bien, tengo que ir feliz y positiva. Y si hay una noticia trágica, se encuadra, se la trata y se le da un cierre, y si hace falta, vamos a una tanda o pasamos música y volvemos. Los viernes mantenemos un espacio histórico en el cual hablamos de lo que vamos a hacer el fin de semana. Aun con la crisis social y alimentaria que vivimos, hablamos de lo que vamos a hacer con lo que tenemos. Yo siempre cuento si me teñí el pelo, si hice esto o aquello... Le sigo poniendo la misma impronta: gracias a Dios no me falta el buen humor.

La zona rural y la radio

*Agustina Pinto Meyer**

Zulema Meyer, 42 años

Mi vinculación con la radio siempre fue como oyente. Desde que era una niña hasta convertirme en adolescente, la radio fue el único medio de comunicación y de entretenimiento que teníamos con mi familia. En ese tiempo era muy importante y apreciada, ya que no había otro medio a través del cual mantenerse informado de lo que ocurría en el resto del país.

En ese momento vivía en una zona rural llamada Paraje Pampa Cabrera, que se encuentra a veinticinco kilómetros de la localidad de Charata, Chaco.

Por la mañana temprano, antes de ir a trabajar al campo, mi padre desayunaba mientras escuchaba las noticias del día y, sobre todo, esperaba a que dijeran el pronóstico semanal del tiempo, para calcular la mejor fecha para la siembra. Luego, junto con mi madre y mis hermanas, escuchábamos programas de música y entretenimiento mientras hacíamos la tarea del hogar. Al mediodía, cuando volvían de trabajar mi padre y mis hermanos, escuchaban un programa de música folclórica. ¡Ah!, pero a las dos de la tarde, puntualmente, todos nos poníamos a escuchar la radionovela, que por lo general eran historias gauchescas, donde la protagonista era la china y todo transcurrió en la pulpería, donde los gauchos se desafiaban a duelo con sus facones y luego se retiraban a caballo. Había un locutor que relataba lo que ocurría en la novela, las características de los personajes y así, junto con los efectos de sonido, era muy fácil imaginar las escenas. La novela duraba aproximadamente una hora, y era el programa que más nos gustaba escuchar.

La radio nos hacía compañía. Algunas veces mis hermanos se la llevaban al campo, mientras cosechaban o hacían cualquier otro trabajo; prendían la radio y eso hacía que el tiempo pasara más rápido, por así decirlo. La radio nos acompañaba desde que nos levantábamos hasta que nos íbamos a dormir. Cada cambio de hora era estar atento porque pasaban noticias actualizadas, los números que salían en la quiniela, la muerte de algún vecino, familiar o amigo, porque la gente usaba la radio para man-

* Estudiante de la Tecnicatura Universitaria en Producción y Diseño de Videojuegos, UNPAZ.

dar mensajes o saludos a los familiares y amigos de las zonas rurales. Tengo muy presente un triste recuerdo: el día que falleció mi abuela materna. Una noche, escuchando la radio, nos enteramos de su fallecimiento. Mi tía, desde Lanús, Buenos Aires, llamó a la radio para que le pasaran el comunicado al aire y así fue como nos enteramos. También tengo un recuerdo lindo, fue cuando cumplí 15 años, todos mis familiares llamaron a la radio para mandarme saludos por la ocasión. Fue un momento muy emocionante para mí y todavía recuerdo con detalle cada mensaje que enviaron.

Recuerdo otro día, cuando estábamos desayunando y anunciaron los números de los boletos ganadores de la lotería y uno de esos ganadores era mi padre, no lo podíamos creer.

También se usaba la radio para buscar u ofrecer trabajo: mi hermano mayor consiguió así su primer empleo. Y cuando mi papá necesitaba peones para la siembra o cosecha, lo anunciaba por ese medio. Nos enterábamos por la radio cuando se organizaba algún baile o algún torneo de fútbol a beneficio del destacamento policial, las salas de primeros auxilios o las escuelas. Te enterabas a qué capilla de la zona le tocaba dar la misa, ya que se daban una vez al mes. Y las maestras de las escuelas usaban la radio para avisar a sus alumnos cuando por algún motivo no podían asistir a clases.

Esos son ejemplos de lo importante que era la radio y cómo mantenía al pueblo más comunicado. Los fines de semana la programación era distinta, especialmente los domingos, ya que se transmitían los partidos de fútbol. Mis hermanos se adueñaban de la radio, sobre todo cuando jugaban sus equipos favoritos. En ese tiempo, la estación más escuchada era la AM LT43 Radio Mocoví de Charata Chaco, que actualmente sigue emitiendo y cumpliendo la misma función de informar y acompañar, como cuando yo era joven. A las ocho de la noche había un programa que se llamaba *Buenas noches, litoral* que actualmente lo sigue conduciendo un locutor muy conocido y querido en la zona, Juan Carlos Barros. Su programa es el más antiguo de la emisora y se transmite hace más de cuarenta años. El programa difunde las noticias, también música chamamecera, y los oyentes se comunican telefónicamente para pedir canciones. Cuando me fui de Chaco dejé de escuchar la radio, pero mi familia, que aún vive allí, sigue escuchando casi todos los programas que yo escuchaba cuando era joven y siguen enviando mensajes a través de ese medio.

Vida tranquila en el campo

Maira Santillán*

Nery Alcira Roldán

Cierro los ojos y puedo transportarme a mis doce años. Recuerdo la vida en el campo, en mi casa, una vida muy diferente a la de la ciudad.

Bueno, primero que todo, voy a contar un poco mi historia. Me presento, me llamo Nery Alcira Roldán, nací en la provincia de Santa Fe, en un pueblo llamado El Nochero. Vivía con mi familia, mis padres y mis diez hermanos, en un campo prestado, en una casa muy humilde y pequeña. Tuve una infancia difícil: recuerdo muy bien que mi mamá compraba algunas telas y nos cosíamos nuestra propia ropa, no teníamos calzado, una sola vez nos regalaron unas alpargatas y las cuidamos demasiado. Siempre valoramos mucho lo poco que teníamos: tener algo para comer en el día a día, el calzado y la vestimenta... Pero a veces se hacía muy difícil.

Nuestro sustento era la cosecha de algodón y maíz. En nuestro campo teníamos algunos animales, como chivos, burros y caballos. Entre mi papá y mis hermanos mayores nos encargábamos de cosechar el algodón y el maíz, desde las siete de la mañana hasta aproximadamente las cinco de la tarde. Me acuerdo de que estimábamos la hora a través de la sombra que daba el sol, porque no teníamos relojes, ni televisor. Ni radio hasta ese entonces, claro está.

Con mis hermanos teníamos mucho anhelo de tener una radio para entretenernos mientras hacíamos nuestros quehaceres o cosechábamos. Me acuerdo muy bien cuando mi papá fue a comprar nuestra primera radio: fue al mercado del pueblo a averiguar los precios y el vendedor, el señor Vicente (que conocía a toda mi familia y nos tenía un gran aprecio), le dijo: “ya te voy a traer una radio, está un poquito más cara, pero es una radio hermosa que les va a gustar a las chicas”.

Nuestra radio era de madera con una antena larga, tenía detalles en dorado, muy bonita. Nuestra expresión era todo cuando papá trajo la radio a casa, estábamos muy contentos. Me acuerdo como si fuera ayer, ya que cada vez que me acuerdo de papá se me vienen buenos recuerdos de todos los que vivimos con él.

Recuerdo que desde entonces nos la pasábamos escuchando música, unos buenos chamamés para acompañar el momento con un poco de alegría. Me acuerdo perfectamente de que cuando íbamos al algodonal a cosechar, un chico tenía su radio que la llevaba a todos lados, era una chiquita, y siempre levantaba la antena larga en el medio del algodonal, mientras probaba la señal hasta que enganchaba las novelas. A eso de las dos de la tarde daban una radionovela llamada *El Gran Chaparral* y lo relataban unos gauchos. Además, todos los días escuchábamos la radionovela *El terror de las muchachas*, que relataba Tijereta Vizcacha. A las cinco de la tarde parábamos la cosecha y todos nos poníamos en

* Estudiante de la Tecnicatura Universitaria en Producción de Medios Audiovisuales, UNPAZ.

ronda, éramos como diez personas alrededor de la radio, prestando atención a cada cosa detalle de la radionovela, mientras nos imaginábamos todo lo que sucedía en cada capítulo.

También a través de la radio nos enteramos de los eventos que ocurrían en el pueblo. Recuerdo que un día anunciaban que Tijereta Vizcacha estaba de gira y se iba a presentar en el club del pueblo un domingo. Él relataba la radionovela que escuchábamos todas las tardes, así que lo conocíamos. Entonces fuimos con todos mis hermanos, el barrio entero fue a verlo cuando se presentó. En su show, actuaba con más personas y revivía algunos capítulos que habíamos escuchado en la radio. Nosotros contentos, porque ya sabíamos lo que iba a pasar. Solo que es muy diferente verlo que escucharlo.

En la radio también avisaban cuando había festivales o bailes, y nosotros aprovechábamos para ver a nuestros amigos, ya que solo en las fiestas los veíamos porque todos vivíamos lejos. Eran momentos muy diferentes. En mi experiencia, mi infancia me marcó como persona, ya que como familia vivimos momentos muy difíciles, pero sin duda era todo más sano. No tengo cómo explicar la tranquilidad que sentía estando allí en el campo, escuchando música, subiéndole el volumen a la radio, bailando o, simplemente, disfrutando junto a mis papás y mis hermanos.

